

Editorial

UN año más la Primavera se asoma a nuestra vida. La renovación comienza. El invierno, que había aletargado a todos los seres vivos, pasa. Comienza de nuevo la vida.

La Primavera española está marcada por la celebración de la Semana Santa, fecha central del calendario de toda la civilización cristiana. Un año más, los "pasos" recorrerán las calles y plazas de nuestras ciudades, mientras la saeta rompe el negro silencio de la noche, mientras tambores y cornetas anuncian con su lamento lastimero la muerte de Dios hecho hombre. Un año más, los "armaos" desfilarán marcialmente haciendo las delicias de los chiquillos y trayendo recuerdos infantiles a los mayores. Un año más, la rueda de la tradición se pondrá en marcha, haciendo pasar ante nuestras miradas imágenes que son repetición de las de años anteriores pero que, al mismo tiempo, son nuevas.

La Semana Santa es también, como todas las tradiciones, lugar de encuentro, es el momento en que las familias vuelven a reunirse, en que los amigos se vuelven a encontrar, aprovechando esos días de asueto en los que todos volvemos al lugar que nos vio nacer, como si necesitásemos alimentarnos de esa tradición para hacer frente a un mundo en el que, cada vez más, nos hallamos desarraigados, donde cada vez más el hombre va perdiendo sus señas de identidad para hacernos masa informe. Y las señas de identidad de los pueblos son sus tradiciones, que se han constituido a lo largo de los siglos con el aporte de todos los que nos han precedido y que se enriquecerán con las que nosotros hagamos, pues la tradición es algo vivo que crece en la medida en que nosotros la alimentemos, que se enriquece con las aportaciones de todos los que habitamos en un determinado lugar. La tradición no es algo que deba morir con nosotros, sino un patrimonio de todos, de nosotros, de los que nos precedieron y de los que nos sucederán. Es por tanto algo que se nos ha dado y que hemos de transmitir, y que, por tanto, hemos de cuidar.